

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ZARZUELA



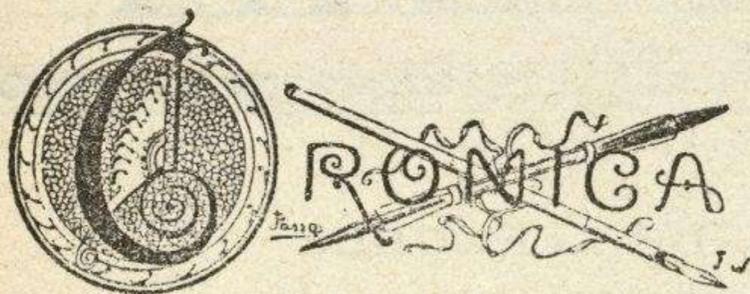
Ana Ferrer

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



En el número anterior tratábamos de la predilección que se nota en la redacción de nuestro estimado colega *El Diluvio* por los monos, y aún por los cerdos.

Tiene este colega decididas simpatías y antipatías por los individuos que forman la escala zoológica.

A unos les profesa cariño, respeto, casi veneración. A otros les trata á zapatazos.

El borrico es uno de los animales fustigados por el colega.

Habla éste de una excursión que vá á hacer en burro un japonés, que se ha propuesto ir desde Europa á su país montado en tan estraña cabalgadura, y se expresa así:

«El diablo del japonés vá á encaminarse á su tierra montado en un burro inglés, y se dirigirá, quitasol en ristre, sobre ese singular bribón, por San Petersburgo, Moscou, Ekaterinenbourg, Tomsk, Irkoutsk, el valle del Amor hasta las Cores, donde se embarcará para el Japon.»

Vamos, eso de llamar bribón á un pobre borrico es ensañarse.

No es que defendamos á esta clase de animales, que precisamente son los que más se han significado contra nosotros, sino que consignamos un hecho.

¿Es menos un borrico que un mono, que un cerdo?

¿Porqué se le llama al borrico bribón?

¿Qué males ha arruinado, qué estafas ha hecho, qué timos ha llevado á cabo para que se le trate de ese modo?

No; el borrico puede ser borrico, pero nunca es bribón.

Eso se ve frecuentemente en el campo literario.

Vuelva por los fueros borricales el periódico á que aludimos, y estime un poco más á la clase de dónde salen los banqueros, los académicos y los autores de piececitas cómicas.

Ya sabemos por el registro que saldrá, si es que sale, el colega. Acaso diga que él quiso decir *bridon*, y que los cajistas, y que patatin, y que patatan..... Pero no; nosotros creemos que hay siempre una providencia que dirige la mano del cajista, y que hay erratas que deben cometerse.

Llamar *El Diluvio* bribones á los borricos es una cosa que está en carácter.

Y está en carácter porque todo lo dice al revés.

* * *

La gacetilla nacional registra esta semana un hecho que debe llamar la atención de los aficionados á sacudir el polvo á las señoras.

Hay qu'en pega á las mujeres con el pañuelo de cinco puntas, es decir, con la mano; otros toman un bastón; hay algunos que prefieren el látigo; otros una silla.

En Baude (Orense) hay un cafe que ha inventado un nuevo sistema.

Vivía amancebado con una mujer, y por yo ne sé qué cuestiones que hubo entre la enamorada pareja, él, para no mancharse la mano, ó para no estropear una silla, ó para no romper un palo, cogió una niña de pocos años por las piernas, la volteó en el aire y dió con la infeliz criatura un golpe á su adorado tormento.

Resultado: la mujer salió con una fuerte contusión, la niña con las piernas rotas y el bárbaro ese para la cárcel.

Aquí tienen Vds. un hombre á quien si yo fuese jurado impondría la cadena perpetua.

O el palo.

Pero no el palo español; el de Turquía.

* * *

Otro hecho que también corresponde á la gacetilla que llamamos nacional.

Dos sujetos habitaban en un piso de la calle de Zamorano de Málaga.

Llega fin de mes y el cruel casero, acompañado de un hijo, sin duda para imponer más, se presenta con el recibo.

—¿Qué quieren ustedes?— preguntan los dos sujetos.

—Cobrar— contestan el casero y su hijo.

—¿Cobrar? Tú, trae el palo.

Y los dos inquilinos comienzan á desencadenar una tempestad de leña sobre el casero y su vástago.

Estos salen corriendo, tras ellos van los irascibles malos pagadores; se refugian los caseros en su casa, los otros los persiguen, y horrorizados aquellos, se arrojan por un balcon á la calle.

¡Vaya una manera de tratar á los propietarios!

¡Ni que esos inquilinos fueran de la *Mano Negra*!

En vista de la frecuencia con que se suceden hechos de esta naturaleza, solo nos queda el deber de dar la voz de alerria y gritar ¡ajo, caseros!

Ahora los inquilinos no pagan sino que pegan.

* * *

Representose *Thermidor* en Madrid y algún patriota, imitando á lo que los franceses han hecho estúpidamente con *Lohengrin*, quería dar una grita á la obra de Sardou.

Afortunadamente los españoles tenemos más buen sentido que los extranjeros, y *Thermidor* fué aplaudido como obra literaria.

¿Qué decían Vds? ¿que en este asunto no podemos dar lecciones? Vaya si podemos.

Se ha representado ahora *Cavalleria rusticana* en París, y más que todo, por ser obra de un italiano, la han silbado los franceses.

¿Qué hacen los italianos? Representase una ópera francesa, *Romeo y Julieta*, en Mántua, y para vengarse de lo de la *Cavalleria rusticana*, dan un meneo á los autores de la partitura..... y así quedan pata ambas naciones.

España no se hubiera vengado de ese modo.

Y es que aquí, pese á quien pese, tenemos las leyes de la caballerosidad y de la hospitalidad siempre en ejercicio.

Buen daño nos hicieron los alemanes con lo de las Carolinas, y sin embargo, nadie gritó ¡muera Alemania! ni se persiguió á los alemanes que aquí viven.

En algo nos hemos de distinguir los africanos de los europeos.

* * *

Después de los cuatro ajusticiados en Jerez parece ser que preparan el patíbulo para otros anarquistas.

Este es un triste motivo para las crónicas de LA SAETA; así es que pasaremos como sobre ascuas.

Solo debemos hacer una observación:

Después de lo de *La Mano Negra* y de lo de ahora ¿quién es el guapo que se atreva á vivir en Jerez cuando estalle una revolución política ó social?

Estos polvos traerán aquellos lodos.

ELIDAN

¡QUE SE REPITA!

A mi distinguido amigo *Antonio Casero*

Cansados de esperar, pues el que espera se dice con razón, que desespera, muestran su descontento los mozos de Cañadas, dando gritos, silbidos y palmadas.

La fiesta de la Virgen conmemora el pueblo alborotado y hasta la domadora de panteras, Miss Jeny, una función notable ha prometido; y por esto se explica que, el pueblo reunido en la plaza más grande de Cañadas, demuestre su impaciencia, dando gritos, silbidos y palmadas.

Mas, llegó al fin la hora: de una de las barracas, arrogante sale la domadora, y en aquel mismo instante una murga infernal, atronadora destroza los oídos, tales son los sonidos que producen tambores malhadados por poco hábiles manos manejados.

A través de los hierros de la jaula se ven cuatro panteras, y Miss Jeny valiente, hostigando á las fieras, saltar, continuamente, las hace, ni un momento pierde su sangre fria; con trabajos sin cuento luce su habilidad, y desafía de todas la fiereza, sentándose, tranquila, en la cabeza de cualquiera. Mas ¡ay por un descuido, el látigo ha caído de manos de Miss Jeny, y una de las panteras, se ha lanzado sobre la desgraciada, destrozando su rostro en un momento sin proferir, aquella ni un lamento, de terror quedan mudos los testigos de aquella horrible escena.....

Mas no falta un imbécil que, creyendo que *aquello* es del programa, por valiente la aclama, y entusiasmado grita:

¡Muy bien, está muy bien, que se repita!

CÉSAR PUEYO MATANZA

LA CAPITANA

Hombre más curioso que don Serapio Camisón no le hay en el mundo.

Ya dice él que no lo puede remediar, pero lo cierto es que su manía le ha causado muy serios disgustos.

Si va por la calle y ve que dos se pelean, ya está metiéndose en medio á riesgo de que le descalabren, para averiguar el origen de la disputa; si va al teatro ha de recorrer los pasillos para enterarse de lo que se dice y no entra en una sola casa sin visitar todas las habitaciones, con cualquier pretexto, hasta meterse en la cocina para oler las cazuelas y probar los guisos si tiene ocasión.

En el café se dedica á inspeccionar á los parroquianos, y hace preguntas al mozo acerca de la posición social de todos los que asisten al establecimiento, tratando de enterarse de aquello que no le importa. En su afán de meterse en los asuntos ajenos aconseja muchas veces á los que se sientan en las mesas próximas á la suya que no tomen cognac, por que es irritante, ó que mezclen la cerveza con limón helado porque es más digestiva, y muchas veces se le ha visto dirigirse al mozo para preguntarle:

—¿Qué ha pedido aquel caballero de la esquina?

—Café.

—¿Café? Pues no se lo sirvas. Llévale una copa de anisete: el café excita el sistema nervioso.

Nadie sabe las cosas que le han pasado al bueno de Camisón por este afán de meterse en camisa de once varas. Una vez quiso indagar porqué se había puesto una venda encima del ojo derecho cierto vecino suyo y le paró en la calle para preguntárselo. El vecino, que se había peleado con su mujer y no quería que nadie le recordara el suceso, cogió á don Serapio por el cuello y á poco más le extranguila. Otra vez quiso saber si era de palo una pierna que usaba un amigo suyo, y le pegó dos garrotazos cuando estaba más descuidado; pero el amigo, que era muy bruto y tenía á Dios gracias las piernas muy sanas, levantó la derecha y fueron tantos los puntapiés que descargó sobre don Serapio, que tuvieron que llevarle á su casa envuelto en un tapete.

Pero donde ocurrió lo verdaderamente grave fué en Córcega.

Don Serapio era gran aficionado á los viajes, que le proporcionaban ancho campo á sus investigaciones.

En Córcega asistió cierta noche á un circo ecuestre donde entre otras notabilidades se exhibía una hermosa mujer que bailaba en la maroma, levantaba quince arrobas con el pelo y se tragaba dos ó tres sables de caballería. La silla inmediata á la de don Serapio estaba ocupada por un príncipe ruso, el cual dirigía sin cesar sus gemelos á la gentil titiritera.

—Es muy linda,—había dicho el príncipe.

—¿Quién?—preguntó don Serapio.

—Esa mujer—contestó el ruso—Tiene unas hermosas formas. La pierna, sobre todo parece hecha á cincel.

—Tal vez no sea suya,—añadió Camisón.

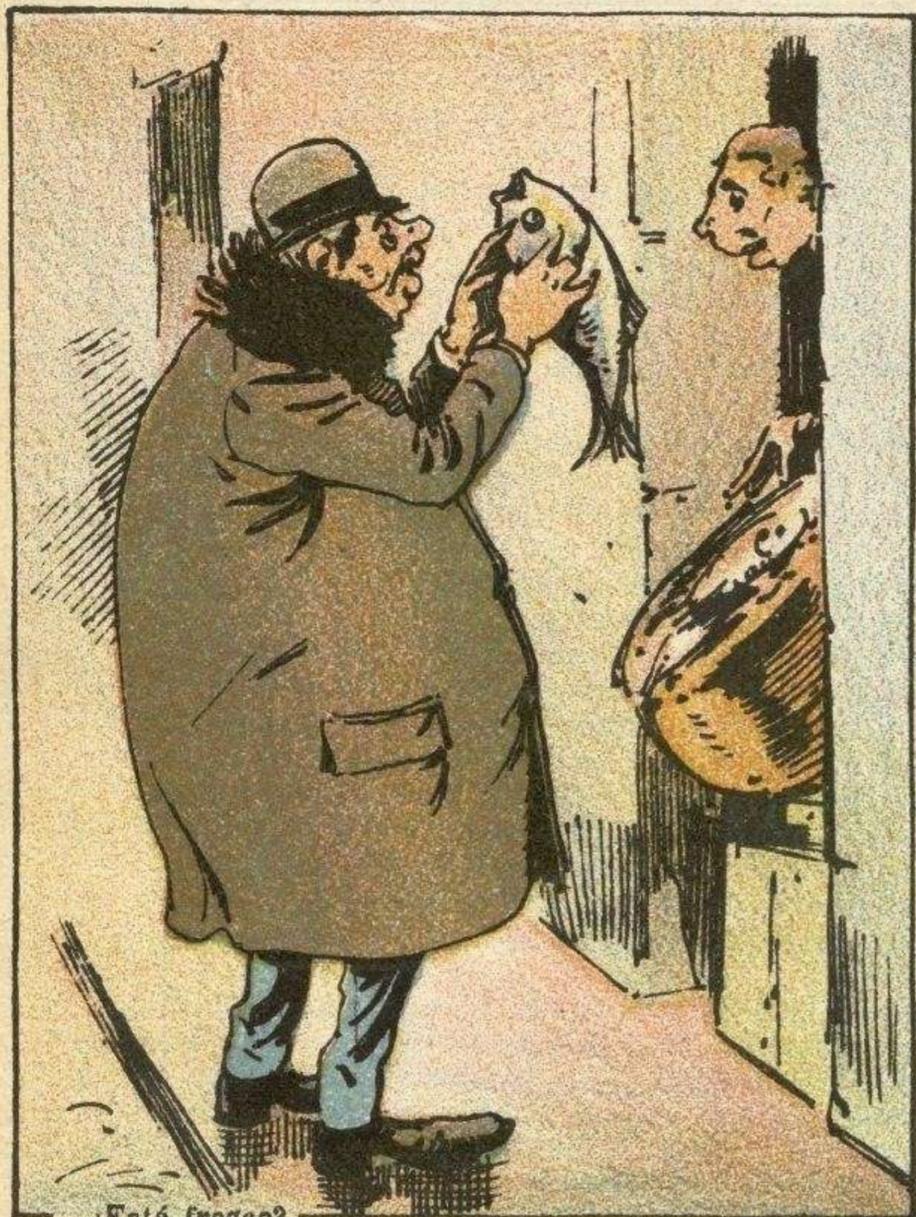
—¿Cómo?

—Hay piernas artificiales.

El ruso no paró la atención en aquella prudente advertencia de don Serapio, y seguía devorando con los ojos á la funámbula.

Pero don Serapio que había concebido la sospecha de que aquellas piernas no eran lo que parecían, se propuso descorder el velo y restablecer la verdad aun á costa de su sangre.

EL BESUGO PUTREFACTO

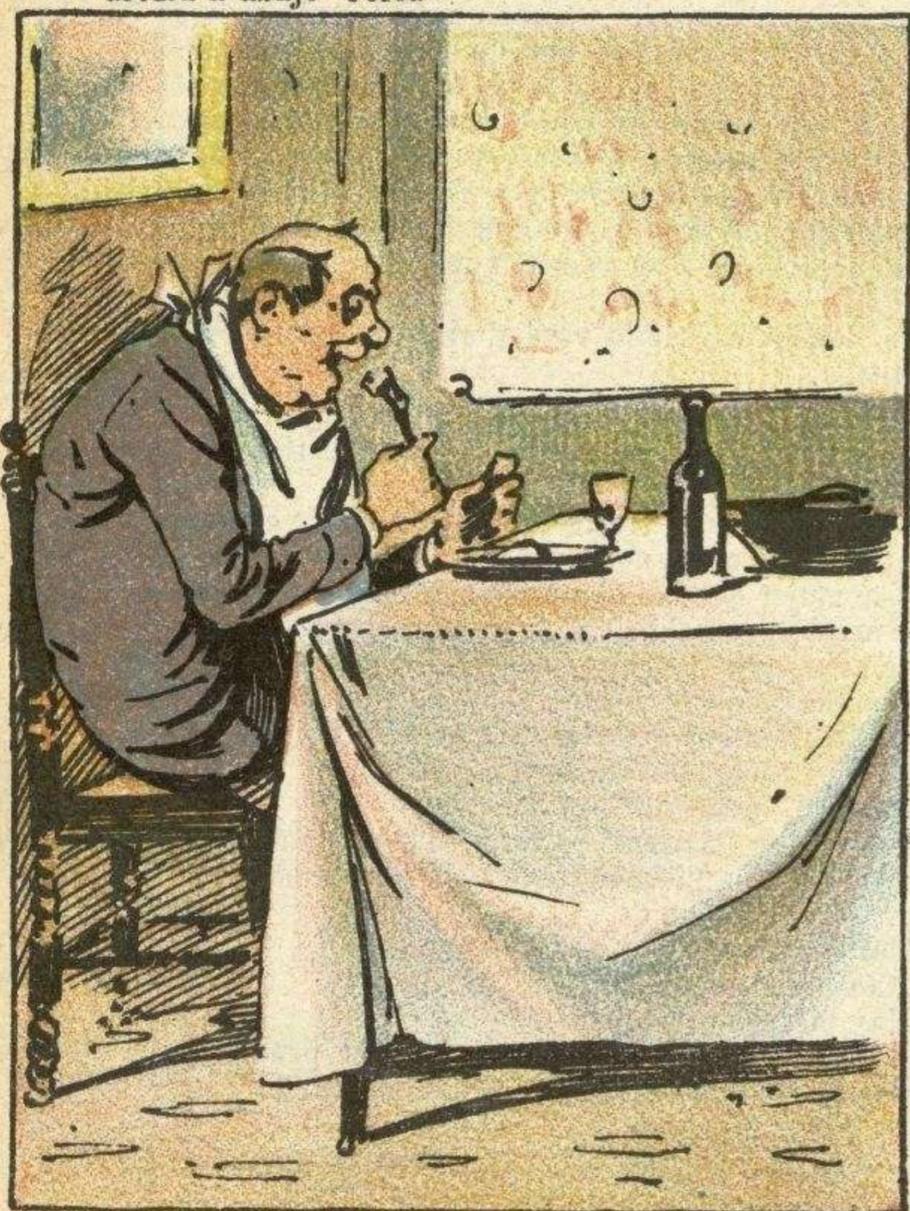


¿Está fresco?

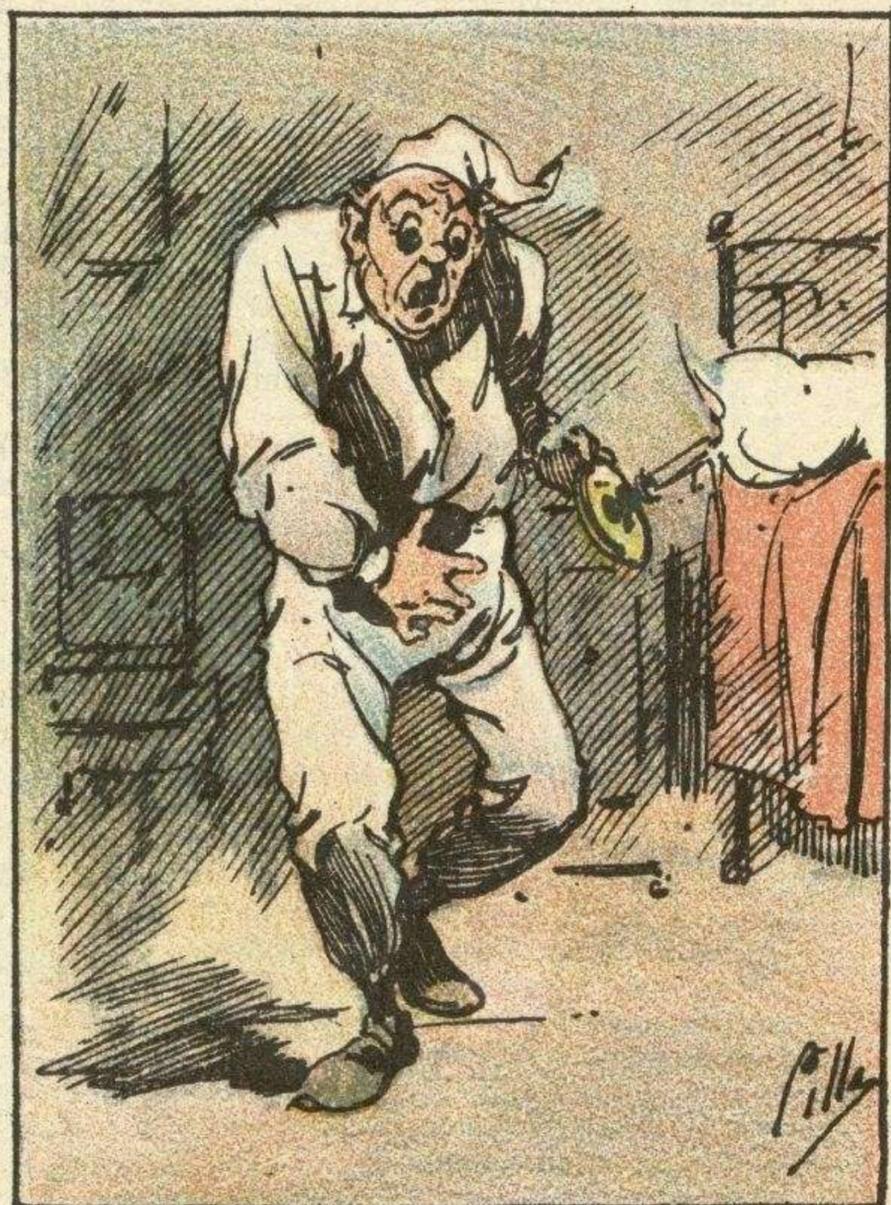
— Mirele V. el ojo, mirele V. la sangre, mirele V. de arriba á abajo Colea



— ¡Ajaja! Esta noche nos vamos á ver las caras, apreciable besugo.



— Tiene un gustillo..... y un olor..... Pero, ¡bah! aprensión



— ¡Ay, ay, ay! ¡El besugo se me ha puesto de pié y me dá coletazos en el estómago! ¡Por algo me dijo aquel bandido que coleaba!

UN TENORIO AVERIADO



Desde una tiple del Real
á la hija de un timador,
ha recorrido su amor
toda la escala social.

—Sería una verdadera desgracia —decía para sí— que este hombre se volviera á su país con la equivocada suposición de que esas piernas son naturales. No, no; yo he de descubrir la verdad, ó poco he de poder.

Y aquella noche la pasó intranquilo, pensando en la titiritera, en el ruso, en las pantorrillas y en el modo de averiguar la autenticidad de aquellas formas.

A la siguiente noche, Camisón volvió al Circo; allí estaba el ruso con los gemelos.

—No hay más,—pensó don Serapio;—ese hombre sigue creyendo que todo eso es carne. Será capaz de casarse con esa mujer... Yo no debo permitirlo...

El ruso reconoció á don Serapio y le alargó la mano afectuosamente.

—Es una mujer escultórica,—dijo un momento después, volviendo á clavar los gemelos en la titiritera.

—¿Tiene usted la seguridad de que no lleva nada postizo?—preguntó de nuevo don Serapio.

—¡Oh! No creo que pueda imitarse con tal perfección lo que es obra exclusiva de la naturaleza.

—¿Y si yo le probara á usted que esa mujer no es lo que parece?

—En ese caso, toda mi admiración se trocaría en indiferencia.

—¿Sí?—exclamó don Serapio, como animado por una súbita esperanza.—Pues yo lo he de saber.

Y dando media vuelta, corrió á preguntar donde vivía la funámbula. Al día siguiente D. Serapio entró en el Hotel Oriental.

—¿Está en su cuarto mademoiselle Fricolet?—preguntó á un dependiente.

—Sí, señor.

Don Serapio se hizo anunciar y cinco minutos después se hallaba en presencia de la hermosa titiritera.

—Señorita—la dijo en el tono más natural del mundo.—Vengo á saber si esas piernas que usted exhibe todas las noches son legítimas.

Mademoiselle Fricolet abrió los ojos en señal de asombro.

—No le extrañe á usted la pregunta. Soy un excéntrico.

La titiritera se levantó, como si la hubiera mordido una víbora, é indicando al importuno la puerta, le dijo con acento irritado.

—No es usted un excéntrico, es usted un bestia.

—No han de valerte tus astucias,—iba diciendo don Serapio, mientras bajaba las escaleras del hotel.

Ocho días después el príncipe escribía á su país, pidiendo los documentos necesarios para celebrar su matrimonio con mademoiselle Fricolet.

Don Serapio fue á ver al futuro esposo y le dijo:

—Aquellas piernas no son tuyas.

Pero el moscovita hizo un gesto de indiferencia murmurando:

—Lo son, mientras no se me pruebe lo contrario.

Entonces ocurrió una cosa extraña y fué que don Serapio lanzó un grito, y se dirigió como un loco hacia el Hotel Oriental.

Había acudido á su imaginación una idea luminosa, la de sobornar á la doncella de mademoiselle Fricolet para apoderarse de su secreto.

Aquella misma noche, Camisón examinaba, á solas en su cuarto, unas magníficas pantorrillas de *cautchuc* que le había vendido por algunas monedas de oro la doncella de la funámbula.

Esta poseía una magnífica colección y no es posible que notara la falta.....

—Bien lo decía yo,—exclamó don Serapio.—Aque-

llas piernas eran de guardarropía.

Después, envolvió los dos falsos miembros en un periódico y se dirigió al Circo.

Allí estaba el ruso, inmóvil como siempre y enamorado más que nunca. Camisón medita su plan, y dos horas después seguía á cierta distancia los pasos de mademoiselle Fricolet y el ruso, que se encaminaban al hotel.

Esperó que subieran las escaleras, y cuando supuso que ya habrían tomado asiento en la habitación de la funámbula llamó con los nudillos á la puerta.

—¿Quién vá?—preguntó mademoiselle Fricolet.

—¿Dan ustedes su permiso?—dijo don Serapio.

—Adelante,—replicó ella.

Don Serapio se presentó ante los futuros esposos. Sin despegar los labios desenvolvió el paquete, extrajo de él las consabidas piernas y las arrojó á los pies del moscovita.

Este retrocedió algunos pasos; después dirigiéndose á mademoiselle Fricolet le dijo:

—Nuestra boda es imposible.

La titiritera lanzó un grito de rabia.

Lo había comprendido todo.

—¡Oh! ¡Tú me la pagarás, viejo infame!—gritó lanzándose en persecución de don Serapio.

Pe. o éste había conseguido tomar la escalera y corriendo sin cesar, llegó á la fonda, cogió su equipaje y diez minutos después abandonaba para siempre la isla de Córcega.

* * *

Don Serapio refería esta historia á varios amigos que habían ido á sentarse bajo un árbol del Buen Retiro cierta noche de verano.

—¿Y no ha vuelto á saber de la funámbula?—preguntó á don Serapio uno de los allí presentes.

—Jamás,—contestó el curioso.—¡Oh! Sino llego á abandonar la isla de Córcega, el suceso hubiera tenido serias consecuencias. Las corsas son muy vengativas.

Aquella noche se celebraba en el Buen Retiro una función estupenda; concierto, carreras de andarines, fuegos artificiales y ascensión de la capitana Zoa en el globo *Filadelfia*.

—Vaya,—dijo uno de los amigos de don Serapio;—acerquémonos al corro para ver como se infla el *Montgolfier*,

Don Serapio, que seguía siendo tan curioso como de costumbre, aceptó la proposición de buen grado, y corrió á colocarse en el sitio más próximo á la barquilla que acababan de colocar en el suelo dos dependientes de la empresa.

Llegó un franchute vestido de marinero, y se puso á inspeccionar las cuerdas que debían unir á la barquilla con el globo; después examinó el trapecio que pendía de la barquilla; dió algunas instrucciones á los que avivaban el fuego; ató unos cordeles, desató otros; examinó con esmero todos los utensilios necesarios para la ascensión y dijo por último con acento marcadamente francés:

—Música.

La orquesta, colocada en el kiosco, comenzó á tocar un galop.

En aquel momento don Serapio, dominado por su eterna curiosidad, había penetrado en la barquilla en menos tiempo del que se necesita para referirlo, y examinaba con toda atención las cuerdas y los anillos de hierro, como si de este exámen dependiese el éxito de la ascensión.

El público no veía á don Serapio porque acababa de aparecer la areonauta y todas las miradas se habían fijado en su gallarda figura. Saludó con un gra-

cioso gesto; y rápida como una sílfide viajera se agarró al trapecio á tiempo que don Serapio andaba por el fondo de la barquilla para enterarse de como estaba forrada.

Zoa dió un grito que era la señal de partida; soltáronse las amarras; el globo se columpió durante algunos segundos, y después, con rapidez vertiginosa, huyó hacia el espacio.

Entonces fué cuando don Serapio conoció toda la gravedad de su situación. Quiso abandonar la barquilla, pero ya el *Montgolfier* se había elevado á respetable altura, y el pobre Camisón se dejó caer en el fondo de aquel extraño vehículo murmurando:

—¡Dios mio! ¿Quién me ha mandado á mi remontarme á estas alturas?

La capitana, después de hacer varias planchas en el trapecio, se agarró á la cuerda y subió á la barquilla, pero antes de dejarse caer en el fondo lanzó un grito de sorpresa y de rabia.

Acababa de reconocer en don Serapio al verdugo de su dicha.

Porque la capitana era mademoiselle Fricolet.

—¡Ya estoy vengada!—gritó con acento terrible.

Y se lanzó como una leona sobre el aterrado Camisón.

LUIS TABOADA.

Chulería

—No estés conmigo tan altanera,
que yo esos humos no los aguanto;
tú me distingues como á un cualquiera
¡y eso tan solo lo sufre un santo!
Si no me quieres, ¡pues lo confiesas!

¡Lo dices claro, bobalicona;
que aún hay *princesas*
que están loquitas por mi persona!
Tú, por lo visto, te has figurado
que eres la reina de las mujeres
y ¡vamos, prenda! te has engañado:

¡Pára un poquito, no te aceleres,
que vas deprisa
y son las cuestas muy fatigosas
y, en fin, sultana, que me dá risa
que tú te creas algunas cosas!

¡Jesús, qué infundio! ¡Pues tiene gracia!
¡Si tú no sabes *filosofía*,
ni tienes pizca de aristocracia,
ni ropa negra, ni simpatía!

¡Bueno sería
que te creyeras ser un encanto,
crema y envidia de las *barbianas*...
¡Qué más quisieras que valer tanto
como un pelito de mis *persianas*!

¿Que no te ofendes? ¡Si no te ofendo!

¡Si es que te digo la verdad pura,
porque comprendo
que estás pagada de tu hermosura.

¿Que no adivinas por qué te riño?
Pues, mira, prenda, la cosa es clara:
porque estoy viendo que á mi cariño
le pones siempre muy mala cara.

¿Que ya he callado? ¿Que tú me quieres
más que mi madre, que está en el cielo?...

¡Olé la gracia de las mujeres!
¡Pisa ahí cerquita, que bese el suelo!

Vamos al baile; pero no olvides
que no me fio del sol que sale.
Si un día noto que me despides...
¡reza paloma, que no te vale!

V. SERRANO CLAVERO.

EL JOVEN PRECOZ

No sé si ustedes en el trascurso de su vida habrán dado con jóvenes precoces, pero por lo que á mí toca, me sale uno cada día y á veces dos.

En Barcelona, como en Madrid, como en todos los grandes centros, abundan.

Cuando tienen quince ó diez y seis años leen mucho, mal y sin método, y á fuerza de leer biografías de hombres célebres, se enteran de que Mozart tocaba y componía cuando era niño, que Victor Hugo hacía versos casi en mantillas, que Vergniant era orador desde chiquitín y que Larra escribía artículos desde la cuna.

Estas cosas y otras entusiasman á nuestro joven precoz y sienta plaza á los veinte años de notabilidad, de profundo crítico, de distinguidísimo escritor.

Para llamar la atención se entretiene en leer obras extranjeras, porque en España no hay gusto, ni arte, ni inventiva.

¿Campoamor? Una nulidad que hace renglones cortos. ¿Nuñez de Arce? Un coplero. ¿Pérez Galdós? Un mal imitador de Zola. ¿Pereda? ¿Quién es Pedregal? Y así de todo.

Aquí no hay periodistas, y Mellado, Coello, Mañé y Flaquer, Abascal, Beraza, Fernandez Flores, etcétera, etc., son perfectamente desconocidos para nuestro joven precoz. ¡Ah, dónde está Juan Lemoine y Francis de Sarcey!

¿Y en Bellas Artes? Nada, absolutamente nada poseemos. Ni Pradilla, ni Gisbert, ni Luna, ni nadie puede compararse con el sin número de pintores que citan los jueces de todas partes del mundo, menos de España. De escultura no hay que decir nada, estamos en la infancia.

Hasta nuestras joyas artísticas no son nada para nuestro joven. Hablen ustedes de la catedral de Burgos, de la de Sevilla, de la de Toledo, ¿qué valen al lado de *Notre Dame* ó de la catedral de Milán?

Generalmente nuestro tipo no ha salido de Barcelona ó de Madrid, pero se cree conocer al dedillo todos los monumentos históricos, museos y hombres célebres del extranjero.

Se dedica generalmente á hablar todas las lenguas, menos la lengua patria. ¡Es claro! ¿Para qué? ¡El no ha de leer nada de lo que se produzca en España!

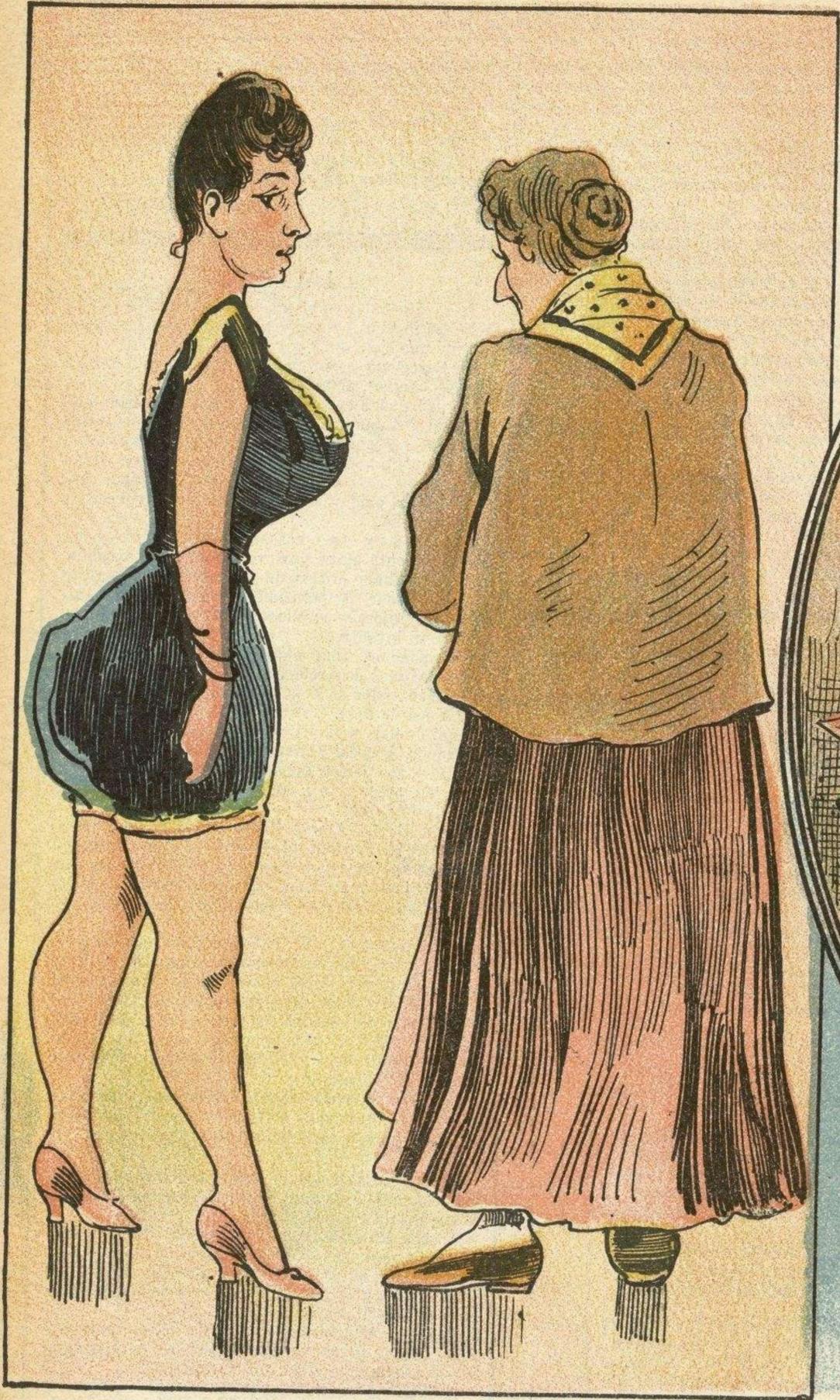
Esta manera de ser le enajena las simpatías de todos cuantos le tratan, pues nada hay más cargante que un chiquillo infatuado.

Un día, á fuerza de hacerse visible, llega á escribir en un periódico, y aquí te quiero, escopeta.

Se levanta quince codos más alto que el nivel de los mortales y se dedica á criticarlo todo para probar sus conocimientos.

Harto ya de censurar á todos los malos autores y á los buenos, porque su mente juvenil no distingue de colores, la emprende con los colosos.

A Shakespeare no le deja hueso sano. Williams debía haber hecho en el *Otelo* esto, lo otro y lo de más allá; en el *Hamlet* no supo lo que se pescó



—Melitona, pareces un hombre con ese traje tan ajustado.
—¿Madre, cómo quiere V. que me ponga para parecer una mujer?



—¿No walsa V., Tiburcia?
—No, porque cuando walso doy vueltas, cuando doy vueltas me sofoco, cuando me sofoco me mareo, y cuando me mareo, agomito.

etc., etc. De Calderon habla como pudiera hablar del célebre Estrada. Lope de Vega era un danzante que no hacía más que producir y producir sin ton ni son.

Como nunca va un tonto solo, el joven precoz suele tener una camarilla ignorante que se asombra de los disparates que escribe. ¡Hasta se atreve—dice—con Calderón! ¡Si tendrá talento!

Pero lo bueno del caso es que el joven precoz suele no saber nada de nada. Sus conocimientos lingüísticos se reducen á media docena de palabras que sudando aprende de cada idioma y á lo que aprende también en las traducciones que hace del francés (lengua que todo el mundo conoce), para editores que se lo pagan á precio de hojas de notario.

Traduciendo, llega á conocer algo de historia, de geografía, de química, de literatura, etc., etc., y todo cuanto aprende lo suelta en la primera ocasión.

Pero todas estas farolerías no engañan á nadie, y la gente sensata le toma por lo que es, por un chiquillo tonto.

Esta indiferencia concluye por poner de malhumor á nuestro chiquello, que entonces se lamenta el poco sentido común que hay en España.

Como no tiene nada que hacer, porque le han echado del periódico y de todas partes, se pone triste y dice que se va á suicidar, como Larra, ó que morirá joven, como Lord Byron.

Pero ni se suicida ni se muere, y concluye su vida de escribiente en un Ayuntamiento ó de amanuense de un notario, que para estos empleos había nacido y no para otra cosa.

DANIEL ORTIZ.

Triquiñuelas

Para mejor demostrarte
que mi cariño es profundo,
te compraré una sortija...
si me prestas treinta duros.

Al mirar tus perfecciones,
yo de ilusiones deliro,
y en cuanto á tu madre miro...
pierdo ya las ilusiones!

—Cuanto yo tengo te diera,
dijo un viejo á una muchacha.
Y ella contestó:—¡Só, facha!
¿Soy alguna pellejera?

Tú fuiste, mal que te pese,
el lio de contrabando,
tu madre *la matutera...*
y yo *el mozo del Resguardo.*

A un enfermo, nada tonto,
que saber su mal quería
el médico le decía:

—Usted curará muy pronto.
(¡Y se murió al otro día!)

Por razones que no entiendo,
el hombre *nace* IGNORANDO,
y después *vive* CREYENDO...
¡pero, al fin, *muere* DUDANDO!

SEBASTIAN LOPEZ ARROYO

¡SIEMPRE LO MISMO!

El carnaval se acerca.
Y el rey se prepara á divertirse.
Me refiero al rey de la creación.

Todo el mundo goza durante el periodo carnavalesco, pero en especial la clase media.

Conozco á un joven abogado, sediento de goces, que se está rompiendo la cabeza por encontrar el medio de aprovechar, para vestirse de Julio Cesar una bordada casaca de su abuelo.

Don Justo, consecuente notario, no piensa interrumpir este año su costumbre de vestirse de bandido calabrés, sin perjuicio de volver en la mañana de miércoles á ejercer sus casi sagradas funciones.

Gutierrez, el redactor en jefe (así lo dice él) de *La bomba de Orsini*, volverá este año á disfrazarse de convencional y á pasear por esas calles, convencido de que el alma de Marat ha vuelto á este mundo por tres días y se ha encarnado en su persona.

Don Severo, el director de *El retroceso*, tiene proyectado salir el domingo, despues de misa, pergeñado de Felipe II; visitar á todos sus suscritores, hablarles de Torquemada, y ver si de paso cobra alguno de los muchos trimes res que le deben.

Hay quien no tiene paciencia, para aguardar á sumergirse en los placeres, á que llegue el lapso anual que precede á la cuaresma, y le sale al encuentro envuelto en una colcha, yendo lo mismo que Barba-azul, *cual bella mariposa que vá de flor en flor*, de asalto en asalto.

¡Los asaltos!... ¡Oh fuente de dichas inefables!
¡Inagotables minas de placeres babilónicos!

Los hay que dejan atrás al de San Quintín.

Sé de un valeroso fabricante de azulejos que cada año se defiende tenazmente del que le dán sus relaciones, pero que al fin se rinde con media docena de azucarillos y una botella de horchata.

Son esos unos asaltos muy especiales, en los que no hay más heridos que los muebles y la reputación del asaltado.

Pero volviendo al Carnaval *propriamente dicho*, os juro que estoy deseando volver á ver por esas calles al *homo sapiens* que abdicando por espacio de tres días de las prerrogativas que Dios le ha concedido sobre los demás animales, cubre su cuerpo con disfraces, seguramente inspirados en algún tratado de zoología. Me refiero al indispensable oso, al manso cordero, al indiscutible burro; que no faltarán.

No faltará tampoco algún picarazono que se vista de mujer para ver si entra gratis en el baile y logra embromar á algún corto de vista, ó de tacto. Y no faltará, ¡qué ha de faltar!, quien también adopte como disfraz los femeniles atavíos, pero con unos fines... de los que no quiero hablar.

Sucédense los bailes de máscara; y en ellos puede el observador oír bromazos nuevos como el de «¡Adios, adios!» «¿Me conoces?» y otros no menos ingeniosos. Pero ese mismo observador, ó cualquier otro, quedará bien chasqueado si espera presenciar en esos bailes sorpresas de esposas infieles por maridos celosos, y otros escesos que ocurrían, según dicen, en otro tiempo y que en nuestros días no se ven más que en las viñetas de los periódicos festivos, ó en alguna piececita traducida del francés.

No parece sino que ahora, durante esos días de locas diversiones, cada cónyuge al meterse en la cama, haga formal propósito de no despertarse por nada, incluso el abandono del lecho matrimonial por el otro cónyuge.

Lo que no deja de ser una prueba más de la suavidad de nuestras costumbres y de la condescendencia de los modernos socios conyugales.

Por lo que toca á los efectos del próximo supongo que serán como los de los demás carnavales.

Unos cuantos borrachos (que son los que están más en carácter, atendido el origen de la fiesta) ten-

drán en el despertar de la tradicional borrachera del martes, fundado motivo para empalmarla con la no menos clásica del miércoles de ceniza.

Para esos pobres ángeles caídos llorados por los poetas y que no corren sino á ciertas horas de la noche (ó por lo menos así está mandado) el carnaval que se acerca no será más que una nueva fecha á que referir la época de su primer desliz.

Y los gacetilleros tendrán en las próximas carnestolendas otra ocasión para lamentarse de lo que van debilitándose las antiguas saturnales.

Llega el lúgubre miércoles.

Don Cleto, el director de *El retroceso* corre á humillarse ante el altar de Dios, para que le pongan la ceniza en la frente.

Gutiérrez, el de *La bomba de Orsini* se dispone á celebrar la llegada de la cuaresma atracándose de carne, quizá por primera y última vez en el año...

*Et du Seigneur, du grand Dieu du tonnerre,
Un regard de mépris tombe sur la terre.*

JOSÉ DANUEZA REDOMA

Nocturno

Las doce acaban de dar
en el reloj de una iglesia:
en la bóveda celeste,
(otras veces) hoy gris perla,
se vislumbran los reflejos,
(presagio de la tormenta)
de los fugaces relámpagos.
Las calles están desiertas;
el agua cae á torrentes
y cada vez con más fuerza.
Solamente los serenos
en los quicios de las puertas
se resguardan de la lluvia.
¡Nadie á tal hora creyera,
que dos hombres, dos valientes,
por la calle de la Estrella
cruzasen cual si tal cosa!
¿Quiénes son? ¿Qué es lo que esperan?
¿Cómo no temen al agua
y sin paraguas se encuentran?
¿De dónde á tal hora vienen?
¿A dónde van?... ¡Friolera!...
¿Sabes quién son esos hombres?
Son el Chirlo y el Orejas.
Vienen de jugar al mús
en una tasca cualquiera,
y se marchan á sus casas
sin temor á la tormenta:
que al uno le espera há rato
su chulapa, la Indalecia;
y, al otro la Sinforosa,
la más barbi cigarrera!

ALBERTO DE OJEDA.

LOS PORTEROS

En estos tiempos en que la tiranía se ha generalizado, hasta tal punto, que difícilmente hallamos empleado de 12.000 reales, que no comparta sus tareas de funcionario público con las para él más agradables de tirano, ha tomado tal incremento la crueldad de los porteros, que no lograremos dentro de poco que nos visiten nuestros amigos de no decirles antes:

—No hay portería.

Pues el paso por una de ellas se ha hecho tan peligroso, que el célebre Paso de las Termópilas no hubiera alcanzado su justa celebridad de haberse realizado en nuestros tiempos, en que todo portero puede competir en crueldad con los treinta, tiranos de Roma reunidos, sumados con los de Grecia.

No hay portera que no lleve ventaja á la reina Zenobia, ni portero macho, que no exceda al mismísimo Dionisio, el tirano de Siracusa.

El que va á una casa en que hay portero y vuelve sano y salvo á la suya, puede estar muy satisfecho, que su suerte no es poca, y al paso que vamos no tardaremos en tener que llevar debajo del traje moderno otro de cota de malla para resistir los golpes que forzosamente habrá que recibir.

—Eh! joven! baje Vd.! ¿dónde va Vd.?

—Al cuarto tercero, derecha.

—Al tercero, derecha! eh? De modo que Vd. cree que sus inquilinos están dispuestos á sufrir las impertinencias de zánganos como Vd.? Ya tiene usted orden de bajar más que deprisa.

—Pero, señor de Portero! Yo voy á ver á mi amigo de Faburro!

—El señor de Faburro no recibe á estas horas.

—Pero á mí sí, soy su íntimo Calendario, el que hacia con él sociedad de plumillas viejas en el colegio.

—Es Vd. un impostor. Calendario es uno que falsifica cerillas inglesas en la tienda de la esquina. Y ahora sin más réplica baje Vd., y á pasee.

Sin embargo, no todos los porteros tienen tan mal genio. Los hay muy severos, que si conservan la tranquilidad en la escalera, es merced á concienzudos interrogatorios.

—Buenos días, portero ¿Vive aquí el señor de Rebusnillo y Calatreve?

—Segun. . .

—¿Segundo?

—No; digo, que segun y conforme. Antes de subir es menester que conteste Vd. á las siguientes preguntas: ¿Fuma Vd.?

—Hombre, ahora no; pero á ratos y para distraer los ocios...

—Para distraer los ocios! ¡Qué bien dice el refran! «La ociosidad es la madre de todos los vicios» y helo aquí comprobado. A Vd. le fomentan el uso del tabaco. Caballero hay que enmendarse. ¿Tiene usted padres?

—Como que no soy hijo de la nada...

—¿Dónde viven?

—En ninguna parte; porque murieron ha dos años de una pu'lonia que pillaron al salir de un bai'e que dió el señor de Cuadernillo.

—Siendo así, basta ya de preguntas; pues que conocía de vista á Cuadernillo y me merece Vd. toda mi confianza. Diga V. únicamente, ¿tiene cédula?

—Sí, señor.

—Clase?

—Oncena.

—Número?

—7.556.

—Expedida en...

—Barcelona.

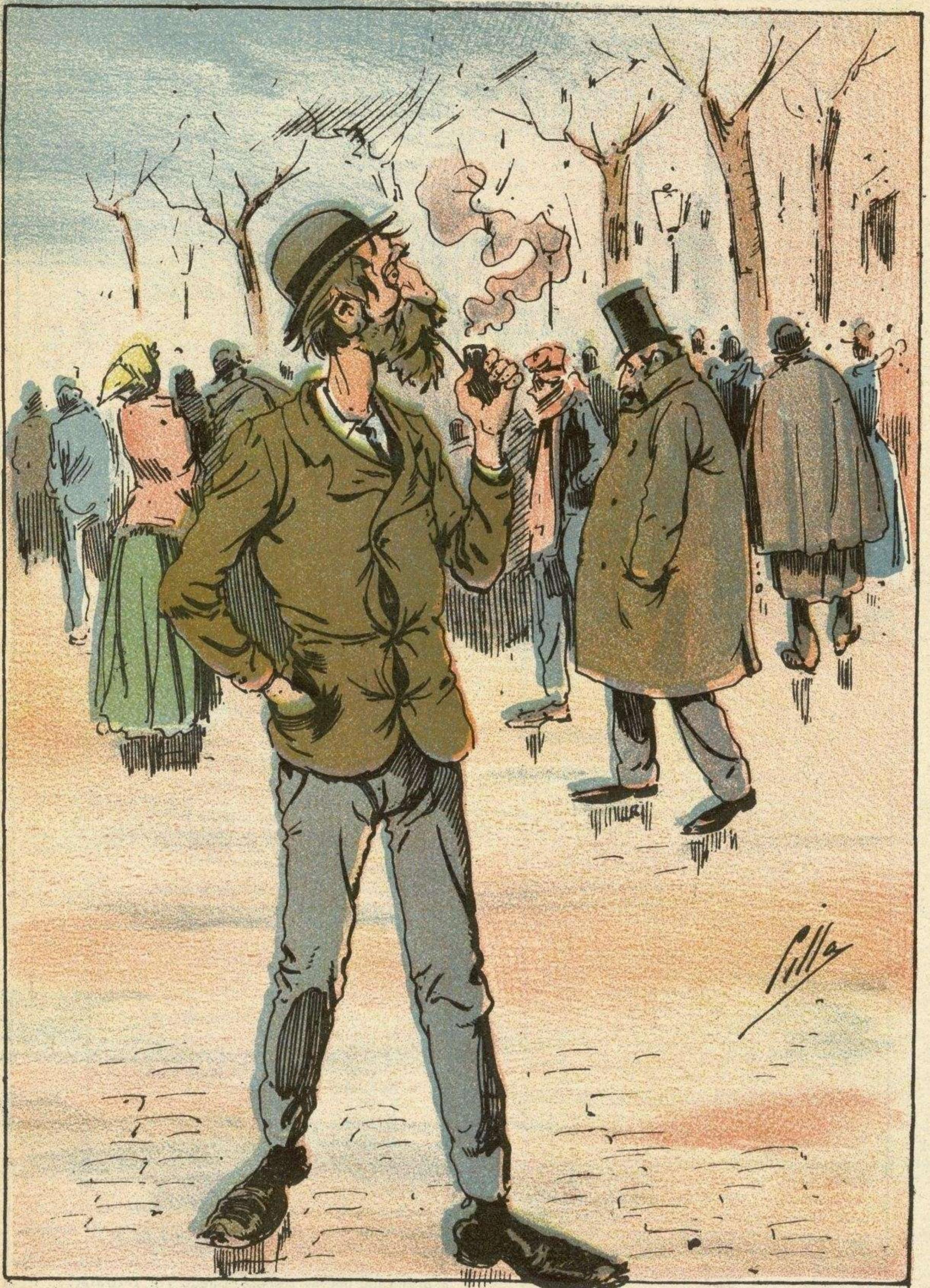
—Y Vd. se llama...

—Roberto de la Marquesina.

—Venga la cédula y firme Vd. aquí... Bueno, corriente. Pues ahora, le diré á Vd. respecto al señor de Cuadernillo, que no vive aquí, y que antes de molestar á las personas deben tener Vdes. más cuidado, pues los porteros constituimos verdadera autoridad, digna del mayor respeto. Puede Vd. retirarse.

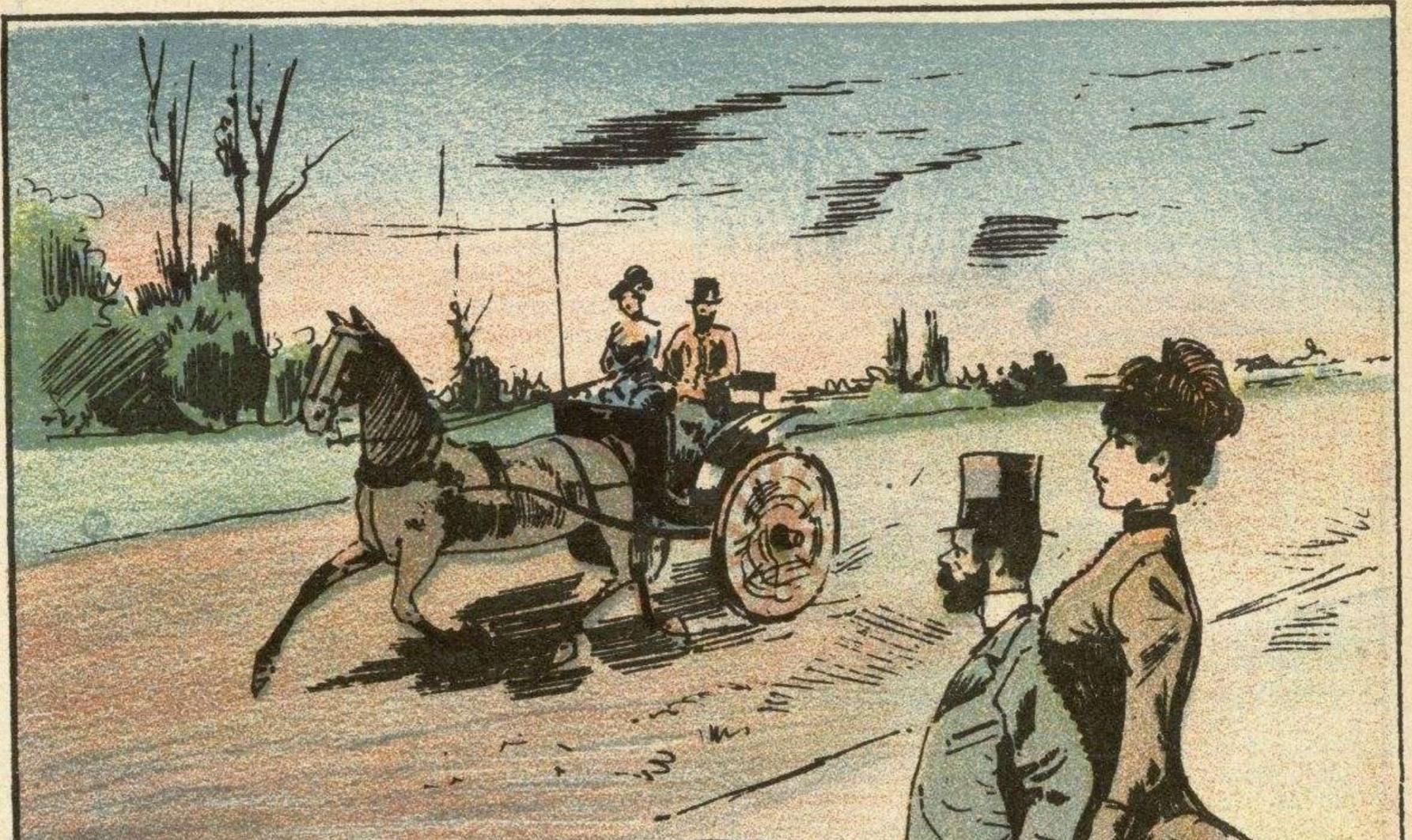
Sometidos á tales interrogatorios los visitantes,

REFLEXIONES



—Los dos á la vez comenzamos el mismo negocio de moneda falsa. Solo que yo fui á presidio, y él se ha hecho marqués y millonario. ¿Dónde está la equidad?

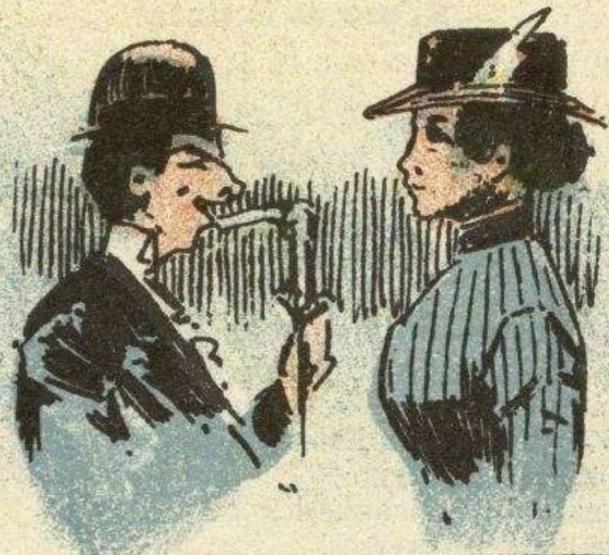
GOMOSERÍAS



Un pollo aburrido.



—Mira! ¡Ella le lleva á él!
—Si quieres que haga lo mismo, Nepomuceno,
también te llevaré... en brazos.



Estos dos cultivan la alta escuela y el aceite de hígado de bacalao.

la seguridad de los inquilinos y sus bienes estaría garantida como no fuera por la pícaro casualidad.

En casa de un amigo mío les robaron días atrás las esterillas y los aparatos de gas de la escalera. ¡Hase visto casualidad! El portero no se sale nunca de sus casillas, léase kiosko, pero aquel día tuvo que salir un momento para llevarle unas zapatillas á una bailarina retirada y ¡ya se ve, como los ladrones estarían esperando...!

Por lo demás, demócratas hasta el extremo, su amistad con las sílfides culinarias les hace entrometerse en todos los asuntos de los inquilinos, de los que se enteran con el único objeto de publicarlos á discreción.

—Manuela!

—Voy aprisa.

—¡Pero mujer! no me pongas mal gesto. No es mía la culpa si tus amos no te dan que comer.

—¿Lo sabe Vd.?

—Claro que sí, mujer; no hay sino verte para comprenderlo. Siempre pálida y macilenta, por falta de alimentos y, claro, lo que vosotras necesitáis son buenos trozos de carne.

—Eso es y bien escogidos, pero me voy, no sea cosa que al volver me despidan. La señora tiene un genio atroz y el amo, otro que tal, siempre está sobre las criadas.

Reune, pues, el portero á sus dotes de tirano las de chafarote. El se entera de quién visita á la del primero, de cuánto gasta la del segundo, de los cubiertos que tiene la del tercero y de que la del cuarto *le pega y se la pega* á su marido, y dando forma propia á estos datos, deduce consecuencias que explica á las criadas, que lo comentan entre sí y lo participan luego á sus dueñas, dando por resultado un batiburrillo que el mismo diablo no es capaz de deshacer.

Y queda aun otra clase de porteros que no merecen en tiranía y violencia á los domésticos; son los que podríamos llamar oficiales, ó sean, todos los que llevan galones y los talones torcidos, y no hacen sino pegar á los que frecuentan las oficinas.

Desgraciados aquellos que al tratarles tienen la flaqueza de hacerles caso, que bien merecen que los Santos Padres hubieran dicho:

«Bienaventurados los que tratan con porteros, porque de ellos es el Reino de los cielos.»

Pero, ya se ve, como dicen que San Pedro es de la clase.....

J. CASARRUIZ

¡El mejor artista!

(A mi querido amigo M. Rodríguez Luna.)

I.

Era aun muy joven y prendéme de ella; me declaré y tratóme con desprecio; la supliqué llorando, que me amase... y se negó su corazón de hierro.

Alejéme al momento de su lado partida el alma y destrozado el pecho... y así juzgando á la mujer de piedra, murmuré despreciando mi tormento:

—¡El corazón humano es una roca salida del infierno; una aleación magnética y terrible de metales diversos!

II.

Al poco tiempo la mujer aquella se enamoró por fin de otro mancebo;

exijióle el mancebo cuanto quiso... y á complacerle le faltaba tiempo.

La ví y entonces me quedé admirado de presenciar un cambio en tal exceso, y viendo en ella á la mujer de carne... me dije ahogando mi anterior despecho:

—¡El corazón humano es una joya de incalculable precio!

¡El corazón humano es un diamante que rompe ó pulimenta un niño ciego!!

FRANCISCO DE LA ESCALERA.

MISCELANEA

En una tienda.

Una señora al dependiente:—¡Piqué!

Un torero que pasa:—¿En qué plaza, prenda?

De la polémica de Fray Candil y de Clarín ha quedado una buena salida.

Tiene Clarín cuarenta años y su contrincante le decía:

—Usted que frisa en los cincuenta...

Y Clarín le replica con la sal del mundo:

—¡Ni friso ni cornisa!

Un pollo.—Hoy está de moda la estupidez.

Una persona formal.—Si, ya lo veo.

Epitafios

I

La bailarina Pilar
yace en esta tumba fría,
donde vino á descansar.....
¡que buena falta le hacía!

II

Aquí descansa Senén;
si descansa, está muy bien.

III

El cirujano Sarmientos
á tanto enfermo mató,
que al fin y al cabo murió
lleno de remordimientos.

IV

El alférez Juan Rebata
hace dos meses murió,
pues al tirar, le salió
el tiro por la *culata*.

V

Yace en esta sepultura
el ama que fué de un cura.

VI

El actor José Alegría
yace aquí; murió ¡oh dolor!
de un golpe de bastidor
haciendo de Luís Mejía.

JOSÉ MARTÍN FERNANDEZ

Un marido, que acostumbraba á mentir á menudo decía siempre poniendo la mano sobre la cabeza de su mujer:

—Lo juro por esta cruz que Dios me ha dado.

—Entremos en esta tienda. He de comprar un látigo.

—¿Qué? ¿te has echado coche?

—No; es para pegar á mi mujer.

—Hay un medio excelente para que no le engañen á uno cuando va á comprar algo.

—Ya sé cuál es. Ofrecer siempre la mitad de la mitad.

—No, señor; no llevar dinero.

Un maestro de escuela se está muriendo y llaman precipitadamente á un médico.

—¿Qué es lo que hay? pregunta el doctor al entrar.

—Que me he comido una libreta—suspira el moribundo.

—Y por una libreta de pan..

—No, señor, era una libreta de papel rayado.

Jactábase un pedantón,
de mollera algo vacía,
de haber nacido en el día
que nació Napoleón.

Y oyéndole Blás Ciruelos
dijole, por divertirse:

—Entónces, quiere decirse
que eran ustedes gemelos.

Diálogo entre el ministro y una señora muy guapa.

—Señora, no puedo ascender á su esposo de usted.

—¿Y si lo ascendiésemos entre los dos?

Entre dos señoras

—¿Sabe usted la noticia? Mi marido tambien lo es.

—¡Pobrecillo!

—Académico... ¿Qué se había usted figurado?

—Me cansa la mujer de Gómez desde que vivo con ella. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Devolvérsela á Gómez. Esto al menos es de caballeros.

—Deme usted un cuartillo de vino.

—¿Para tomarlo ahora?

—Sí, señor... ¡Pero, hombre, que está V. metiendo los dedos en el vaso.

—No importa. Los tengo sucios.

En el estudio de un pintor.

Un caballero muy pretencioso y muy feo mirando un retrato, le dice al artista:

—¡Pues no me parezco nada!

—Aprensión. En estirándole á V. las orejas y en sacándole los morros estará usted hablando.

—Portero.

—¿Qué manda V., señor?

—¿No vive aquí un caballero que hace poco se ha muerto?

—No, señor; en la casa de al lado.

—Gracias.

En la mesa de un café se habla del cólera.

—El año 54—dice uno,—en mi escalera no quedó un vecino.

—¿Murieron todos?—preguntan asombrados los circunstantes.

—No; se escaparon.

—¡Gran alfiler! ¡Buen vestido!
¡Qué lujo gastas, Colás!
Y asaz grave el aludido
replicó:—No gasto más
que lo que siempre he debido.

Un caballero se presenta en una Casa de Socorro.

—¿Qué se le ofrece á usted?—pregunta el médico.

—¿Curan aquí tambien los sablazos?

—Sí, señor.

—Pues haga V. el favor de darme cinco duros que acabo de prestar á un amigo.

Detienen un ratero en medio de la Rambla que iba cargado con los libros que había robado en una casa de comercio.

El policia le pregunta:

—¿Quién es usted?

—El Chato.

—¿Y qué hace usted?

—Llevo los libros de la casa Tal y Tal (la casa robada).

Un borracho, persona muy decente, amaba á una garrafa de aguardiente que en una tienda había y á la que hacía el oso noche y dia.

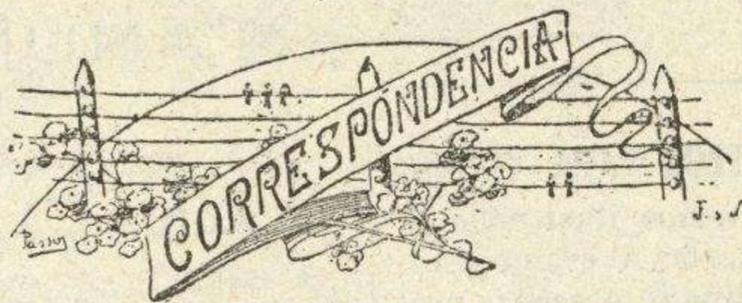
Cansado de un amor sin esperanza á la tienda se lanza, derriba en su furor al dependiente, y en vez de la garrafa de aguardiente saca un palo en mitad de los riñones...
¡Lo que es la ceguedad de las pasiones!

ANITA FERRER

En el teatro del Circo Barcelonés pueden aplaudir nuestros lectores todas las noches á esta excelente artista, que es el alma de la Compañía que allí actúa.

Tiene la Ferrer una excelente escuela de canto y una bonitísima voz, declama bien, y como artista de zarzuela es de lo más notable.

Unimos nuestro aplauso al que le tributa todas las noches el público.



¿Me conoces?—¡Ximplet!

D. de G.—No sirve.

El Choricero y Chorlito.—No puede publicarse.

J. D. R.—Irá en seguida. Aquí se le aprecia y debiera V. favorecernos más á menudo.

Mala sombra (Madrid).—Lo publicaré.

Merlin (Valladolid).—Tambien lo publicaremos.

A. B. C.—Tambien lo insertaré. Este número estoy de suerte.

I. Llarimba.—Eso á un semanario catalán.

R. M (Gerona).—El pensamiento es muy poquita cosa.

F. C.—No se impacienta V. Yo envío todo lo que admito á la imprenta y allí lo van publicando según la conveniencia de la compaginación. Hay otros que tienen más motivos para quejarse que V. Veré lo que me envía y si puede ir, irá, pero no respondo cuando,

Dios.—Lo leeré, lo bautizaré, y si puede ir, lo publicaré.

Palitos y Palotes.—Irán los cantares.

Cucufate.—La primera redondilla de *Por eso* tiene los mismos cuatro asonantes que V. no ha corregido.

El almeriense.—Aunque el asunto no es de actualidad, veré si una vez corregido puede ir.

UN AFICIONADO



—No hay, pues, como el Chiquito de Eibar, pelota te sacas, boleó te das, dineró te ganas y Gayarro te vuelves

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL

FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas.—Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo.—Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.º Bernardo, 27, bajo